

MS 365  
1156/1264  
c.1

Lunes 4 de Agosto de 1924

ECONOMIAS CERRILES

Una de las primeras víctimas de las tardías y obligadas economías fiscales ha sido el San Cristóbal.

Su mantenimiento imponía un gasto aproximado de 20,000 pesos anuales, y el país no está en estado de preocuparse de paseos.

La economía es, pues, lógica lo que no quita que ella sea sensible.

El San Cristóbal, con sus kioscos, sus terrazas, sus caminos que lo envuelven con la gracia carnalesca de una serpentina, es algo más que un paseo encantador y un cerro hermoso; es, hasta cierto punto, el pedestal del intendente.

El San Cristóbal es la concreción granítica de los ensueños, las ilusiones y el esfuerzo de don Alberto Mackenna. Si aquel no hubiera existido, éste lo hubiera creado. Es más fácil imaginarse el San Cristóbal sin las amarillentas picaduras de sus antiguas cante-  
ras, que al señor Mackenna sin el San Cristóbal.

Si la forzosa y cruel economía lleva el dolor al corazón de cuantos se interesan por el ornato público, de cuantos alguna vez han contemplado con espíritu artístico o romántico, solos o en amorosa compañía, desde las altas explanadas la hora solemne del crepúsculo, para el señor intendente la triste decisión gubernativa debe tener el carácter de una desgracia de familia.

Hace tiempo que la prensa venía hablando de los funestos efectos de las ratas en el cerro San Cristóbal. Aquello, más que un cerro, parecía un presupuesto.

Pero no han sido aquellas, sino estas últimas - los auténticos roedores del erario, que todo lo han devorado - las que han venido a darle el golpe decisivo.

Agotados los fondos, no hay con qué seguir sosteniendo el hermoso paseo.

Contra las ratas del cerro se podía luchar, y, a pesar de su número y voracidad, que no perdonaban arbusto, el intendente batallaba denodadamente.

Las autoridades, el vecindario y la prensa secundaban la campaña, se interesaban en ella y proponían medidas salvadoras.

Cuando se vió que el veneno no bastaba a concluir con los audaces roedores, alguien insinuó la idea de acabarlas por medio de los gatos; pero adaptando el procedimiento a las condiciones especiales del terreno que, como se sabe, está abierto por sus cuatro costados.

Para salvar esta dificultad, el autor proponía algo muy lógico. Cada arbusto se plantaría con un gato adyacente, el cual se ataría al tronco, con algunas varas de cordel. Armada, así, cada planta de una defensa natural, las ratas tendrían que optar entre dejarse devorar o emigrar a otro sitio más propicio.

En nada perjudicaba esta medida la belleza del paseo. Por el contrario, durante la noche, los ojos fosforescentes de millares de gatos prisioneros darían al cerro un aspecto feérico, que se tornaría en musical con los alboros de la primavera.

Un inmenso maullido saludaría como un coro de mil voces, que tanto gustan al maestro Cuadra, la llegada del 1º de Agosto.

El grito del coloso de Memnon a la salida del sol, sería un espectáculo de segundo orden, comparado con el del San Cristóbal.

Si la idea hubiera alcanzado a ponerse en práctica, habríamos contado con la octava maravilla del mundo.

Todo esto lo va a impedir la economía.

Entramos en el austero período de la pobreza, que es, por lo demás, la consecuencia natural de un régimen de amor fecundo.

Hay que cerrar los ojos para no llorar y poner el pensamiento y la imaginación en días más felices que quizás cuándo vendrán.